

Libros

Benito Rey Romay. México 1987: *El país que perdimos*.

El libro de nuestro distinguido compañero de trabajo Benito Rey Romay, nos brinda una excelente oportunidad para profundizar el debate que se ha abierto en el país, el cual se centra a una cuestión fundamental para todos los mexicanos: ¿México debe continuar por la ruta económica que se ha establecido desde la administración de Avila Camacho hasta nuestros días?, o por el contrario, ¿esta política debe modificarse sustancialmente en muchos aspectos hasta el punto de que en algunos de ellos habría que modificarla en ciento ochenta grados?

Benito Rey no tiene dudas al responder: es imprescindible modificar el rumbo que lleva el país, pues de continuar así, el deterioro económico y social, se profundizará, la soberanía nacional se verá más afectada y el destino de México se hará más incierto.

El libro que comentamos es un claro testimonio, para nosotros como investigadores, del tratamiento de problemas complejos explicados en forma sencilla. Por ello logra romper la barrera académica para trascender a un público amplio que

se interese por los problemas del país.

Por la seriedad y responsabilidad académica de su autor este libro es una herramienta más que sirve para ayudar a comprender a aquellos mecanismos que —preocupados y molestos por la forma en cómo la crisis nos golpea— buscan una explicación de la misma. Por ello es también una munición más que enriquece el arsenal teórico-histórico y empírico que poco a poco van construyendo los mejores intelectuales de México y que contribuirá seguramente a abrir caminos distintos a nuestro sacrificado pueblo que busca y aspira legítimamente a un nivel de vida mejor, el cual hoy está en franco proceso de deterioro.

Este libro de Benito Rey es también un grito de protesta, de un mexicano digno, que con capacidad de indignación ante la injusticia social existente nos dice ¡ya basta! El autor además nos advierte que sin una concertada acción popular el país va al despeñadero. Y digo esto con ventaja, pues no soy de las personas que pueda considerarse un amigo de Benito Rey, somos colegas en vías seguramente, de llegar a ser amigos. Pero esta condición, me facilita la tarea de no verme subjetivamente influenciado por el efecto al ami-

go, para poder decir lo que genuina modestamente hablando el libro vale.

Estoy seguro que Benito Rey ofrecerá otros trabajos importantes como el que ahora nos presenta: tiene un camino por delante que ha cogido con cariño. Tan seguro estoy de ello que modificó sustancialmente el rumbo de su vida, al trocar sus elegantes oficinas y altos salarios, con los que Nacional Financiera dispensa a sus ejecutivos, por el el modesto cubículo, poco apoyo secretarial y de investigación y con un salario modesto que decrece, como el que paga la Universidad Nacional. Ello será posible en tanto como hasta ahora, en la UNAM se respeta el derecho a la libre expresión de las ideas.

México 1987: El país que perdimos, es un libro que revela audacia de su autor y enhorabuena: en el curso de una decena de páginas el autor abarca un periodo muy amplio y complejo, avanza en una serie de planteamientos que intentan explicar el porqué el país está como está. Así con todas sus virtudes y defectos.

Pero aquí conviene recordar las palabras que expresara aquel gran economista norteamericano Paul A. Baran, cuando dijera que más valía tratar lo fundamental así fuera con limitaciones que abordar lo superfluo con meticulosidad. Este es el caso, Benito Rey trata de ir a lo fundamental y en mucho lo logra.

Desde luego, tengo observaciones al libro, pero de ninguna manera son de aquellas que desvirtuarían lo principalmente abordado por el autor. En todo caso serían observaciones que contribuirían a enriquecer y fortalecer la línea de sus planteamientos centrales.

Si bien tengo observaciones de detalle —las que estaría dispuesto a conversar con el autor— sólo me referiré a las dos que considero más trascendentes.

En primer lugar me parece que a lo largo de la obra el pueblo mexicano parece desdibujado: como un ente pasivo, explotado, lacerado y engañado, como si casi no tuviera capacidad de respuesta y de lucha, por ejemplo, el no tratamiento de las luchas que libraron distintos sectores del pueblo entre 1957 y 1960.

Sería injusto de mi parte decir que no hay ningún tratamiento en el libro de la participación popular, por ejemplo en el caso del movimiento estudiantil de 1968, pero sólo ofrece destellos. Este aspecto seguramente habría que habría que revisarlo en su próxima edición.

El otro aspecto del estudio que quisiera comentar es el de que, a mi juicio, hay una subestimación de las leyes que rigen el desenvolvimiento del capitalismo en México, en consecuencia, la política económica aparece como factótum del desarrollo y del subdesarrollo del

país. Esto es, como si quienes diseñan y aplican la política económica fueran el factor decisivo del destino del país.

Quienes aplican la política económica, en efecto, tienen responsabilidad en el curso económico del país, pero no en la magnitud de estar en condiciones de imponerse por encima de las leyes básicas del capitalismo: entre otras, la del desigual desarrollo de las fuerzas productivas, la de la acumulación de capital así como sus efectos concentradores y centralizadores de la misma, con su secuela de empobrecimiento relativo y a veces hasta absoluto de la mayoría, la ley del desarrollo pero crecientemente subordinado a la transnacionalización del capital y así por el estilo.

A pesar de esas limitaciones marcadas al estudio, y como he dicho primeramente el libro es valioso, máxime si tomamos en cuenta que para el autor la crisis seguirá profundizándose en

la medida en que no se cambió sustancialmente el tipo de política económica que se sigue. Vale la pena recordar al respecto cómo las autoridades gubernamentales de mayo a septiembre, declaraban con mucha seguridad que ya la crisis había tocado fondo y que se aproximaba la etapa del repunte, sin embargo, la realidad es más terca y el orac de octubre de la Bolsa de Valores de México —que en buena medida se acompasó con las caídas de los valores de las bolsas del mundo capitalista industrializado— nos revelan que la crisis que sufre el capital es más profunda que lo que muchos creían y que las bajas de las bolsas abren una nueva dimensión de mayor gravedad e incertidumbre a la crisis actual.

Mis observaciones y comentarios aquí concluyen y sólo me resta decir que recomiendo ampliamente la lectura de este estudio. ARTURO BONILLA SÁNCHEZ.